

ta difícil que se puedan lanzar juicios bien fundados. Así que, a pesar de las críticas, esta exposición puede servir como llamada de atención para que no nos dejemos llevar por los tópicos tan fácilmente.

Dolores FERNÁNDEZ MARTÍNEZ
(UNED-Madrid)

FERRER RODRÍGUEZ, E. (1999): *Páginas del exilio*. México D.F., Aguilar: 460 págs.

El libro *Páginas del exilio* de Eulalio Ferrer Rodríguez se engarza, en su devenir autobiográfico, con el que publicara en 1988, *Entre alambradas*, diario de su estancia en los campos de concentración franceses entre abril y diciembre de 1939. El libro lleva un significativo subtítulo, “Memoria de vida”, y ello porque desde la atalaya de su madurez y retirado ya de su actividad profesional, reflexiona sobre sí mismo, pero sin seguir una línea secuencial ordenada, sino que el libro está formado por fragmentos o retazos que se agrupan en nueve cuadros para constituir la escenografía de una vida que, al decir de su autor al cumplir los 70 años, “quedaría encerrada en dos grandes círculos: los 20 primeros años, que son de insuficiencias materiales y de alientos ideales, de guerra fratricida y de campos de concentración, de miserias y esperanzas. Y los años restantes hasta llegar al hoy, que son de renacimiento, de recuperación, de integración, de fortuna, de afirmación moral”.

Leyendo sus memorias se percibe como en su quehacer profesional y en su vida privada, la influencia de sus primeros veinte años es una constante. El padre de Eulalio Ferrer, tipógrafo y socialista cabal, le inculcó las virtudes de ese socialismo que confluye en Pablo Iglesias, a la par que le transmitía su amor por los libros que leía en voz alta a su hijo. La influencia paterna le llevó a dar sus primeros lances como periodista en el periódico montañés *La Región*. También en esos años juveniles comenzó un diario que quemó antes de abandonar Santander el 24 de agosto de 1937.

Su segundo diario lo inició en el campo de Argelès-sur-Mer, en la emblemática fecha del 14 de abril de 1939, acompañado del que sería su libro de cabecera, *Don Quijote de la Mancha*, en una edición de Calleja de 1902 que había recibido de un miliciano a cambio de un paquete de cigarrillos. Este *Don Quijote* fue el pórtico de la espléndida colección cervantina que formó a lo largo de su vida y que, en gesto generoso para con el México que le acogió, donó a la ciudad de Guanajuato para formar un Museo Iconográfico con más de 600 piezas que representan a Don Quijote y a sus personajes.

El temple de Eulalio Ferrer se fue formando al socaire de buenos maestros, primero su padre, después Aurelio Herreros, con quien estudió entre los 10 y los 14 años y de quien hace

un hermosísimo retrato, el socialista Bruno Alonso o el comisario de Milicias durante la guerra, Jesús González Malo, quien le acercó a los principios e ideas de librepensadores y anarquistas. Vino luego la dura experiencia de los campos de la playa: Argelès-sur-Mer, Barcarés, Saint Cyprien, en los que junto a la tragedia de unos seres vencidos, apiñados sin esperanza, sufriendo de rigores que nunca habían imaginado; surge ese contraluz de “barrio chino” donde la miseria moral resplandece al socaire de la miseria humana. Se sobrevive como se puede y Eulalio Ferrer lo refleja con un talante y estilo que en ocasiones nos recuerda el género picaresco.

Como tantos otros españoles, abandonó los campos al alistarse en una Compañía de Trabajos Forzados. Después vino su liberación al conseguir un pasaje para América gracias a la ayuda del SERE. Desde su llegada a México, este país se convirtió en su segunda patria. Quizás como pocos, constituye un ejemplo de plena integración sin por ello abandonar las raíces que le atan a su tierra natal, Santander. Eulalio Ferrer llegó a México “vacío de equipaje” y aquí con constancia, trabajo y tenacidad, y a base de un autodidactismo cincelado en una sed continua de aprender, vio orientados sus pasos hacia la publicidad, en donde acabó triunfando al crear su propia empresa: “Publicidad Ferrer”, empujado por el estímulo de que “a mí me gustan las cosas buenas de la vida y me esforzaré por lograrlas”.

Sin embargo, Eulalio Ferrer no se dejaría deslumbrar por el falso oropel del mundo publicitario en donde se da la tentación de “vender palabras” y de “venderse con ellas”, algo que denunciaría con honradez a lo largo de toda su carrera profesional. En ella supo marcar su impronta personal “al tratar de establecer —en ese mundo de la publicidad— un estilo mexicano o mexicanista para que sus mensajes tuvieran identidad propia y después el de instalar la publicidad en los marcos culturales de referencia”, cuidando con especial esmero la pureza del lenguaje en un ámbito donde la contaminación es demasiado fácil.

En Eulalio Ferrer confluyen de manera armónica mundos dispares: amigo de pintores como Mario Orozco Rivera, de escritores como Octavio Paz, de gente procedente del mundo del cine y de la canción como Mario Moreno, “Cantinflas”, Agustín Lara o Lola Beltrán, enamorado de la versión de “Vereda Tropical” que cantaba María Luisa Landín...; sus afanes intelectuales se han visto recompensados con un sinnúmero de distinciones: Académico de las Academias de la Lengua Mexicana y Española, Doctor *Honoris Causa* por las Universidades de Cantabria y Complutense de Madrid, Hijo distinguido de la ciudad de Oaxaca, poseedor de la Orden de la Encomienda al Mérito Civil...; en el discurso en forma de carta, pronunciado en 1993 con motivo de sus 50 años profesionales, hacía una síntesis de lo que siempre ha querido ser: “hombre de palabra” antes que “hombre de palabras”.

El libro se cierra con unas instantáneas y con veinte viñetas, unas y otras nos muestran su capacidad de observación, su maestría para dibujar en breve trazo personas, objetos y hechos, su estilo mesurado, cuidadoso y elegante, su propia filosofía de la vida que, desgranada a lo largo del libro, se condensa en esos veinte aforismos, porque para Eulalio Ferrer la vida ha sido y sigue siendo un continuo aprendizaje en la que “atreverme al triunfo ha sido el más audaz de mis intentos”.

Libro, pues, de un exiliado que supo convertir su exilio en una fuente de riqueza humana y profesional que iba a redundar con generosidad en todos los que han tenido el privilegio de conocerle y tratarle.

Alicia ALTED VIGIL
(UNED-Madrid)

FONTSERÈ, C. (1999): *Un exiliat de tercera. A París durant la segona guerra mundial*. Barcelona, Ed. Proa: 472 págs.

Hacia mucho tiempo que en Cataluña no se habían publicado unas memorias tan complejas, ricas, detallistas, polémicas, intensas y extensas como las de Carles Fontserè, cartelista, pintor, escenógrafo, viejo luchador de raíz anarquista, escritor, etc. Un personaje multifacético de quien se recuerda, sobretodo, sus magníficos carteles de propaganda republicana durante la guerra.

Las memorias de Fontserè han provocado mucho ruido (y, a veces, pocas nueces), siempre que tengamos en cuenta el relativo ruido que puede provocar un libro de memorias sobre el exilio en Cataluña. Lo cierto es que ha levantado algunas discusiones y polémicas interesantes y apasionadas. ¿Qué es esto de un exiliado de tercera?, se preguntaba más de un viejo refugiado que no pudo conocer los burdeles más importantes del París de 1940. ¿Cómo se atreve a hablar, Fontserè, del colaboracionismo francés (y español) en el tono que lo hace?, se planteaba un veterano resistente. ¿Cómo puede cargar contra los exiliados privilegiados alguien que apenas estuvo quince días en un campo de concentración?, se exclamaba otro. Ante estas preguntas, y muchas otras, probablemente Fontserè se habrá limitado a sonreír y a pensar que con el título, *Un exiliat de tercera*, ha conseguido provocar y, en cierto modo, confundir.

Porque el título no es neutral, como no lo es el autor. Evidentemente, es difícil, conociendo la historia de muchos exiliados de a pie, pensar que Fontserè fue un exiliado de tercera. Nos lo podríamos creer siempre que el autor utilizase un criterio de definición claro: son exiliados de tercera categoría aquellos que no recibieron subsidios de ningún sitio, de la Fundació Ramon Llull, ni del SERE ni de la JARE, ni de ningún otro organismo o comité. Pero sabemos, porque Fontserè nos lo cuenta (126), que tuvo la suerte de ser subvencionado por la Ramon Llull, lo que lo colocaría, aunque fuera de refilón, en el círculo de los elegidos.

Entonces, ¿por qué era de tercera categoría Fontserè? Lo era en la medida que no militaba en ninguna organización, no era dirigente de ningún partido o sindicato, no era un alto cargo del Estado republicano ni disponía de fuentes de ingresos que le permitieran vivir a cuerpo de rey. Un exiliado de a pie que, nos cuenta, con opiniones heterodoxas, políticamente